



## LA CUEVA

Hacia bastante tiempo que los tres muchachos venían rumiando la idea de ir algún día a explorar la famosa cueva de las brujas. En realidad les venía ese deseo desde que les dijeron que no se les ocurriera asomarse ni tan siquiera al dintel de ella.

Así es que ese día llegó por fin. Con buena dosis de decisión y un viejo candil que rebosaba aceite, treparon aquel luminoso día, por la irregular loma en la que las fauces desdentadas de la cueva permanecen en un constante bostezo. Ella se los tragó.

Uno detrás del otro, arrastrándose al principio por el suelo y asidos fuertemente de las manos cuando el vientre oscuro de la galería comenzó a crecer, se alejaron de la entrada.

En el ambiente hay humedad. Más adentro huele a piedra mojada. Los exploradores incipientes trepan y bajan rampas que tienen un barrillo amarillento, pegajoso y resbaladizo. Pasan galerías con paredes constreñidas unas y abiertas otras de tal manera que parecen no tener límite por parte alguna. Donde quieran escudriñar es negrura infinita.

La luz del viejo candil hace guiños pequeñitos a la oscuridad y saca de los cuerpos de los chicos sombras fantasmales y terribles que se quieren es-

conder entre aquel laberinto de paredes, techos y columnas de asombro. A éstas se apegan rostros monstruosos y burlones recubiertos de reflejos diamantinos. Hay caras repugnantes que les miran con espeluznante severidad dejando escapar susurros de locura. Muchas veces les soplan al candil y su luz, de miedo, se muere al instante. Aquellos rostros con cabellos y barbas revueltas, estrafalarias y duras, tienen unos cuerpos deformados cuyos miembros enrevesados y grotescos cuelgan inertes por doquier.

Cuando el candil lleno de roña, sin querer ha chocado con uno de aquellos rectos y afilados colmillos que bajan de la negrura de un techo sin fondo, ha surgido un sonido metálico que se ha ido extinguiendo despacio, lentamente, cueva adentro.

Sin soltarse de las manos, con el corazón convertido en un pesado mazo que les golpea brutalmente el pecho, ven el siniestro desfile de aquellos seres fantasmagóricos y repelentes cubiertos de tentáculos helados. Conteniendo el aliento, que tartamudea aterrado, oyen del fondo de la lóbrega caverna el *cloc, cloc*, de una gotera que incansable se deja caer sobre unas piedras con color de ocre y en unas charcas que tienen agua de cristal. Y

otras muchas más resuenan en otros lados de la cueva produciendo en conjunto, un desacompasado y satánico concierto cargado de presagios de horror.

¿Dónde acabará aquello? Si golpean el suelo con el pie suena a hueco. Los viejos del pueblo suelen discutir entre sí porque unos afirman que la cueva sigue y sigue y que no tiene fin. Como el firmamento. Otros sacan a relucir aquello de que un día se metió un perro en esa cueva y apareció dos semanas después en un pozo de otro pueblo distante dos leguas y media del de ellos.

Con el miedo revolviéndoles el estómago, dan media vuelta para huir de aquel maldito lugar. Es lo que tenían que haber hecho hacía rato.

Por aquí no es. Por donde habían venido era por ese otro lado, por aquel hueco que chorrea agua y se escapa por un agujero. Ya había advertido uno de ellos que era conveniente hacer marcas para la vuelta. Pero como los otros no habían dado importancia a la cosa...

Avanzando y rectificando, con las gargantas reseca y la lengua como si la tuvieran rebozada con arena, continúan, a cada instante más nerviosos y angustiados, buscando la ansiada salida.

La última cerilla se había gastado hacía un buen rato. Por eso el roñoso candil es llevado con precauciones inauditas. Con devoción de reliquia.

Los horripilantes monstruos les produce ahora la desagradable sensación de que van adquiriendo vida. Parece como si comenzaran a desprenderse, a

escurrirse lentamente de las columnas y paredes con el siniestro propósito de aprisionarlos. Y también las goteras caen más aprisa; se van acercando, golpeando estruendosamente el suelo mojado.

Una sombra alada y silbante les ha venido de súbito a las caras obligándoles a dar un grito de verdadero terror.

Con el susto el candil se fue. Y naturalmente es en ese instante cuando el pánico se desata incontenible. Huye el trío aventurero arrojado por las inescrutables tinieblas de la mansión infernal. Tropezando con los muros, metiéndose en los pozos de agua sin sabor, golpeándose en los salientes, arrastrándose por el suelo, o de pie, o de rodillas, según lo que va dando de sí las galerías, buscan tanteando y con desespero la añorada salida. Los tres, gritando y llorando y los odiosos monstruos y los terribles demonios, los que les sujetan de la camisa y atezan sus miembros.

Ya totalmente desmoralizados y extenuados, convertida la sangre de sus venas en esa agua insípida de la cueva, se acurrucan contra una pared que parece hecha de hielo. Y allí se quedan, llorando y esperando el final.

Horas después los hombres del pueblo que llegaron acompañados de frenética gritería por mil ecos aumentada, se los llevaron de allí.

Aún tuvo que pasar mucho tiempo para cuando el clic, clic, de las goteras calmara y durmiera a los enojados monstruos y espectros de la famosa cueva de las brujas.

EDUARDO MAULEON